

DOMINGO VI DE PASCUA

Jesús promete a sus apóstoles el Espíritu Santo. Lo denomina “otro Defensor”, que es la traducción de “Paráclito”, el consolador, el intercesor o abogado. Dice “otro” porque nuestro primer intercesor en el cielo es el mismo Jesucristo.

Cuando una persona hace algo mal y queremos defenderla, intercedemos por ella, intentamos comprender el mal que ha hecho y buscar algún argumento para disculparlo, quitando importancia a su mala acción. Pero toda mala acción tiene siempre unas consecuencias objetivas, a veces materiales, pero sobretodo espirituales, porque cada mala acción que hacemos provoca una herida en el alma que nos debilita, y nos hace más fácil volver a pecar. Aunque me arrepienta, aunque me disculpen o me perdonen, esa herida está ahí.

Decimos que El Espíritu Santo nos defiende porque nos justifica. “Justificar” no es buscar una excusa, sino “sanar, curar, hacer justo”. Jesús envía el Espíritu para que sane el corazón del hombre herido por culpa del pecado, mediante la gracia, que es como la medicina espiritual. La Redención que nos trae Jesús con su resurrección no es disculpar al pecador, no es poner una tirita, no es poner los pecados debajo de la alfombra para que no se vean, ni siquiera es borrar los pecados, como si Dios se tapara los ojos ante el pecado y mirara para otro lado. No se trata de eso. Es algo mucho más grande. Es una verdadera sanación interior.

El pecado del hombre es real, y el daño que hace el pecado es real. La sanación de Dios también lo es. De la misma manera que el hombre peca libremente, libremente debe pedir perdón, si quiere ser perdonado por Dios. Dios siempre quiere perdonar, pero solo puede sanar mi corazón si yo se lo pido libremente. El que no pide perdón, Dios no le puede perdonar, porque requiere de mi libertad de pedírselo expresamente, y tener intención de cambiar de vida por amor.

Esa sanación conlleva la comunicación de la vida de Dios por la que somos hijos y podemos llamar a Dios «Padre». Jesús, por tanto, está hablando de la comunicación del Espíritu, por el que se nos da la vida de Dios en nosotros. Por la resurrección de Jesús no sólo se nos perdonan los pecados, sino que se nos comunica la mismísima vida de Dios, que nos renueva, que nos hace criaturas nuevas, que nos da fuerzas para vivir conforme a lo que somos: hijos de Dios.

Estas son verdades muy profundas que debemos meditar cada día y sin prisas, aunque es algo tan grande, que nunca lo acabaremos de entender del todo con nuestra inteligencia, pero que podemos empezar a entender con el corazón, y que lo podemos vivir por la fe.

A Dios se le va ganando por el amor. En ese amor hacia el Padre, manifestado en las pequeñas cosas que hacemos cada día, se nos va revelando el rostro de Jesús de manera cada vez más perfecta, lo que nos mueve a amarlo todavía más. Dios es amor y el Espíritu Santo nos es dado para amar como Dios nos ama y amar a los demás, así, empezar a gozar ya del amor íntimo de Dios.

Pidámoslo a la Virgen Santísima, cuya relación con el Espíritu Santo fue de la más profunda intimidad, desde su concepción, hasta la gloria del Cielo.